

## El presidente va a las urnas

DOI: 10.32870/mycp.v6i20.209

Arturo Santa Cruz\*

**3** 1 de diciembre de 1999. Un decrepito y políticamente agotado presidente renuncia sorpresivamente a su cargo, no sin antes designar a su delfín: un gris burócrata proveniente de los servicios de inteligencia. El país, cuyas riendas hereda el advenedizo político, con apenas cuatro meses como primer ministro y el cuarto en ocupar el cargo en el transcurso del último año, atraviesa una situación crítica: empieza apenas a recuperarse de la crisis económica que estalló 16 meses atrás, cuando fue el epicentro de un desequilibrio financiero de escala global, y vive el inicio de la reedición de una cruenta guerra secesionista en la periferia de su territorio. Las perspectivas no son pues particularmente halagüeñas el día de año nuevo 2000 ni para el país, Rusia, ni para el flamante presidente en funciones, Vladimir Putin. Boris Yeltsin parece haberle aventado la “papa caliente” en que la conducción de la antes súperpotencia se ha convertido.

Cuatro años más tarde, sin embargo, el otrora inexperto mandatario va en caballo de hacienda hacia su segundo período constitucional al frente del estado sucesor de la ex súper potencia euroasiática; todavía más, la federación rusa goza de una estabilidad impensable en las postrimerías del segundo milenio. Más allá de la mera estabilidad del país y de la buena estrella u oficio de Putin, la pregunta de fondo es: ¿se encuentra Rusia en proceso de transición hacia un estado democrático consolidado, en el cual las atribuciones de los líderes políticos pasan a segundo plano?

En esta breve nota comentaré algunos de los puntos más destacados de la agenda rusa en los últimos años, cuya configuración ha hecho posible el aparentemente estable entorno actual, en busca de algunas pistas

sobre el devenir político del país más extenso del mundo.

## En el principio fue Chechenia

El ascenso al poder —y a la popularidad— de Putin se da en un contexto que ha dejado una impronta indeleble en su trayectoria como mandatario: el inicio de la segunda guerra de Chechenia. Después de que en el verano de 2000 rebeldes chechenios supuestamente estallaron bombas en Moscú y otras ciudades rusas, Yeltsin cambia de premier ministro una vez más, y encarga al ex espía la conducción del gobierno ruso. La decisión del nuevo premier de aplicar mano dura a los separatistas después de la humillación que el ejército ruso había sufrido a manos de los rebeldes uno años atrás, y ante la percepción mayoritaria de que la reanudación de la guerra era una causa justa, contribuyó decisivamente a que la popularidad de Putin ascendiera como espuma en tan sólo unos meses. Así, cuando Yeltsin lo designa presidente en funciones y se adelantan las elecciones presidenciales para marzo de 2000, Putin tenía ya prácticamente el triunfo en la bolsa. Como apuntó entonces el semanario británico *The Economist*, la elección en las urnas del primer ministro era tan sólo “una formalidad” (8 de enero de 2000).

A partir de que asumió el poder con la legitimidad que le dio la victoria en la primera vuelta electoral (con un 52.9 por ciento de los votos), Putin se ha dedicado a consolidar su poder y el del Estado ruso. Aunque no hay nada inherentemente reprochable en la doble tarea mencionada, siempre que se haga con mesura, las más de las veces éste no ha sido el caso durante el actual gobierno. Si bien las reformas constitucionales impulsadas desde el Kremlin (referentes a la concentración de poder en Moscú, a expensas de las 89 repúblicas

\* Investigador del Departamento de Estudios del Pacífico de la Universidad de Guadalajara.

y regiones autónomas) son en general positivas, pues han permitido meter en cintura a la miríada de caciques regionales que estaban brotando como hongos en la Federación —al establecer un espacio legal común en ésta—, también es cierto que la centralización se ha llevado a cabo a veces en detrimento de las propias instituciones estatales. Así, la independencia del Consejo de la Federación, la Cámara Alta del parlamento ruso, ha sido prácticamente eliminada, limitándosele a jugar ahora un papel meramente decorativo, controlada como ha sido en estos últimos años por Moscú.

Algo similar ha sucedido con la en ocasiones encarnizada lucha del gobierno de Putin contra los “oligarcas” (los políticamente influyentes magnates que surgieron a raíz del proceso privatizador de principios de los años noventa). La intención de Putin era clara: marcar una división del trabajo en la que los oligarcas se dedicarían a los negocios, y los políticos... a la política. Pero en realidad la voluntad presidencial se ha traducido en que los oligarcas se mantengan alejados de la política, sí, pero sólo de la opositora o que simplemente es crítica del régimen.

Por ejemplo, cuando algunos magnates, como Vladimir Gusinsky (el dueño de Media Most, el emporio de los medios de comunicación) o Mikhail Khodorkovsky (el de la empresa petrolera Yukos), se han salido del redil, han terminado en el exilio (primer caso) o en la cárcel (segundo).

El punto no es que estos personajes no merecieran ser castigados, pues sobra evidencia de sus prácticas criminales, sino que otros oligarcas igualmente criminales siguen en la calle, conduciendo sus negocios gracias a sus buenas relaciones con los políticos en el poder.

## Daños colaterales

De manera indirecta esta batalla presidencial, la cual en principio puede ser popular, ha contaminado un área fundamental para la construcción de un estado democrático: la libertad de expresión. Los principales medios de comunicación —tanto electrónicos como impresos— son ahora controlados por el Kremlin. No es de extrañar entonces que las malas noticias de la ya prolongada —y ahora también fallida— segunda guerra en Chechenia no lleguen a la mayoría de la población; o que a pesar de la baja en los niveles de vida (reflejados en una reducción en la longevidad de la población, y en sus indicadores de salud), Putin goce todavía de una popularidad de alrededor del 70 por ciento.

En las elecciones parlamentarias de diciembre pasado, Patria Unida, el partido del primer ministro, resultó vencedor mayoritario. Luego de que algunos “independientes” brincaran al vagón ganador, el grupo de legisladores afines a Putin controla todos los comités legislativos y dos tercios de la Duma (cámara baja). Con esta mayoría, el de otra manera diverso grupo de parlamentarios puede hacer enmiendas a la constitución —incluyendo

aquella que permitiera la segunda reelección presidencial—.

Pero aún el éxito conlleva costos. En el caso del avasallador triunfo de las fuerzas afines a Putin en las últimas elecciones, el precio ha sido la desaparición de la oposición liberal —epitomizada por el partido Yabloko— del órgano legislativo, lo cual atenta contra el carácter plural que este poder debiera tener. Una vez más el proceso electoral para elegir presidente, esta ocasión el próximo 14 de marzo, parece ser una mera formalidad. Así, el reto para el mandatario ruso es doble: lograr un

---



---

### **En el caso del avasallador triunfo de las fuerzas afines a Putin en las últimas elecciones, el precio ha sido la desaparición de la oposición liberal**

---



---

## Análisis

porcentaje de participación de al menos 50 por ciento del electorado, a fin de que las elecciones tengan validez y, relacionado con esto, tener contendientes.

El riesgo de una baja participación del electorado es real, ya que en las pasadas elecciones legislativas sólo el 55 por ciento del electorado acudió a sufragar. En tanto el resultado que Putin obtenga en el primer desafío está todavía por verse, en el segundo está a la vista y ha sido satisfactorio, al menos en términos cuantitativos. Alrededor de una decena de aspirantes a la presidencia contendrán en las elecciones de marzo. El problema está en que varios de los candidatos son aliados de Putin o simples figuras decorativas. Según Georgy Satarov, un ex consejero de Yeltsin, el hecho de que haya varios candidatos no significa que más de uno quiera ser presidente (*Newsweek International*, 26 enero 2004). De manera similar, Grigory Yavlinsky, líder de Yabloko, partido que boicoteará las elecciones, señala: “Ya no hay elecciones en Rusia, punto. En los últimos cuatro años Putin ha destruido todos los elementos autónomos en la sociedad rusa” (*idem*).

### El lado amable

Con el recuento anterior no pretendo sugerir que todo en el gobierno de Putin ha sido retroceso, represión o manipulación mediática. Algunos frentes, particularmente el económico, presentan un saldo positivo. El valor del producto soviético ha crecido a tasas relativamente altas desde que Putin subió al poder (10 por ciento en 2000, 5 por ciento en 2001, 4.3 por ciento en 2002 y 6.2 por ciento en 2003; se espera un crecimiento de 4.5 por ciento para este año); el rublo ha permanecido estable y la finanzas públicas son superavitarias. Asimismo, la tasa de inflación ha mostrado una clara tendencia a la baja, y el país ha podido atender sus obligaciones con el exterior. Por supuesto que en este favorable desempeño el alto precio del petróleo en el mercado internacional ha jugado un papel determinante, pues es el principal producto de exportación. A final de cuentas, sin embargo, es

indudable que el equipo de Putin ha sabido conducir la economía rusa.

De manera similar, Putin ha mostrado una singular destreza, para muchos inesperada, en el ámbito internacional. En más de una ocasión dicha habilidad ha sido más bien pragmatismo, ya que su gobierno ha sabido poner la mejor cara ante situaciones adversas. Por nombrar unas cuantas: el anuncio de la retirada unilateral estadounidense en 2001 del Acuerdo sobre Misiles Antibalísticos de 1972; la invitación por parte de la Organización del Tratado del Atlántico (OTAN) en 2002 a siete países del ex bloque soviético a unirse a la alianza, a lo que Rusia se había opuesto; el inicio de la guerra liderada por Estados Unidos contra Irak en 2003.

El mandatario soviético fue capaz de no tomar esos hechos como agravios insalvables para su país, y optó por ver hacia adelante en su relación con las potencias occidentales. En el caso de la OTAN, inclusive, el gobierno ruso ha insistido en su interés en llegar a formar parte de ella.

Yendo aún más lejos, después de los ataques terroristas a Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, Putin fue uno de los mandatarios que más expresamente se solidarizó con Washington, ofreciendo incluso cooperación a niveles sin precedentes en los ámbitos de logística e inteligencia. No ha sido pues casual que Rusia fungiera, paradójicamente, como intermediario entre Estados Unidos y dos de sus aliados europeos tradicionales, Alemania y Francia, para llegar a acuerdos al interior del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en el contexto de la guerra contra Irak. Así, Rusia, con el gobierno de Putin, ha sabido mantener una presencia importante en la comunidad internacional.

Pero el problema inmediato para Putin son las elecciones, y la diplomacia no lleva electores a las urnas. En consecuencia, el presidente ha recurrido al expediente favorito de su ex jefe político: despedir inesperadamente a su primer ministro. A unas cuantas semanas

del voto de confianza en que se ha convertido el proceso electoral de marzo, Putin se deshizo de Mikhail Kasyanov, quien había sido designado en el cargo por Yeltsin, y luego confirmado por el mismo Putin hace cuatro años. El relevo por demás tardío del primer ministro parece estar encaminado, al menos en parte, a inyectar emoción al por lo demás bastante aburrido período pre electoral. Más allá de si la remoción de Kasyanov tendrá o no el efecto deseado, lo que puede darse por descontado es la reelección de Putin este marzo (siempre y cuando la participación del electorado supere el 50 por ciento).

### ¿La historia recurrente?

Pero el problema de fondo en Rusia no es tanto si su actual gobernante se reelige o no, como el crear condiciones para que en el futuro las justas electorales sean dignas de ese nombre y no meras formalidades. Para este fin, dos componentes son esenciales: una sociedad civil fuerte y un estado de derecho. Sin la representación de la pluralidad de intereses sociales de manera autónoma del poder estatal (en sí mismo o como rehén de los oligarcas), cualquier intento por crear un gobierno democrático no pasará de ser una quimera. Pero esta consolidación de la sociedad civil se debe dar *pari pasu* con la construcción del imperio de la ley. Ausente un estado que rinda cuentas y aplique las leyes de manera imparcial, es poco

probable que la multitud de intereses insertos en la sociedad civil puedan regular de manera espontánea el conflicto político inherente a cualquier asociación política.

No estoy sugiriendo que si Putin lo hubiera deseado (¿cómo podríamos conocer su fuero interno?), la construcción de un régimen democrático en su país hubiera sido posible en los últimos cuatro años. Sin lugar a dudas en muchas ocasiones, el presidente no tuvo opciones viables, enfrentado como ha estado a poderosos grupos contrarios a las reformas. Tal vez a lo más que se podía aspirar era a una democracia y estado de derecho parciales, en el limbo, como Rusia tiene ahora. Así, lo más probable en el futuro cercano no es tanto que el sistema político se desintegre como que siga mal funcionando, con crisis recurrentes como la de hace cuatro años (u ocho, cuando la reelección de Yeltsin, u once, cuando éste envió los tanques al parlamento). El vivir con lo peor o lo mejor de dos mundos, según se le quiera ver, ha demostrado ser una “solución” durable en Rusia.

Pero de no institucionalizarse un sistema democrático efectivo sustentado en el estado de derecho, la estabilidad rusa seguramente será efímera. La conducción del país podría entonces volver a ser una papa caliente en cuatro años. 